

rosos romanos, á los cuales preguntaban los bárbaros en son de mofa si tenían algún recado que darles para sus mujeres en Italia.

Mario los dejó decir y se contentó con seguirlos por las alturas descansando con sus tropas por las noches en campamentos bien fortificados.

Habían pasado los germanos el Durance y llegado á Aix en la Provenza, donde determinaron descansar antes de llegar á la gran vía marítima, muy admirados de ver manar de la tierra las aguas calientes cerca del riachuelo Arc, mientras Mario estableció su campamento en el Monte de San Victorio que domina aquel valle. Al hacer provision de agua á la caída de la tarde llegaron á las manos los bagajeros ligurios con los ambrones que hubieron de retirarse á sus parapetos de caretas desde las cuales las mujeres germánicas repartieron hachazos y tajos de espada indistintamente á los romanos que atacaban y á los suyos porque huían, hasta que la noche los separó, durante la cual se oyeron en el campamento romano los cantos fúnebres de los germanos. Al tercer día por la mañana formó Mario sus tropas, envalentonadas ya, en orden de batalla en cierta altura á fin de obligar al enemigo á subir la escarpada pendiente. Los bárbaros renovaron sus ataques hasta medio día en que el calor acabó con sus fuerzas: las mortíferas espadas cortas y anchas manejadas por los hábiles guerreros romanos hicieron muchos claros en las filas, y cediendo ya cansados, fueron perseguidos hasta el valle por los legionarios. En este momento salió por detrás de los germanos con grandes alaridos un destacamento de 300 hombres mandados por Claudio Marcelo que hasta entonces había aguardado oculto en la próxima selva. El resultado fué el exterminio total de los germanos cuya aglomeración en forma de cuña hacia imposible todo movimiento, además de que consternados no sabían adonde dirigirse ni qué hacer. De los 100,000 guerreros no se escapó ni uno; los que no dejaron allí la vida fueron hechos prisioneros, entre ellos, su rey Teutobodo, hombre de elevadísima estatura y tan ágil que podía saltar sobre seis caballos colocados uno al lado del otro. Las mujeres se defendieron en sus caretas con desesperación, y las que no murieron, se mataron durante la misma noche para no ser esclavas y servir á los vencedores, que se habían negado á prometer respetarlas. Teutobodo no era mas que uno de los tantos caudillos de tribu que murieron ó fueron hechos prisioneros en esta acción. Estrabon, que no conocía á los teutones, refiere esta batalla como si los vencidos hubiesen sido solo helvecios, es decir tigurinos y tougenes, unidos á los cimbrós. Mario cedió á los habitantes de Marsella el canal que había construido, como recompensa de su cooperación contra los ambrones y tougenos.

Entre tanto habían seguido su camino en dirección de oriente los cimbrós, divididos en tres grupos, componiendo el último á guisa de retaguardia los tigurinos. Desde Suiza pasaron sucesivamente por el monte Brenner, el Isarco (hoy Eisak) y siguiendo la corriente del Adige penetraron en el Tirol meridional, donde les aguardaba al Sur de Trento el consul Quinto Lucio Catulo. Este, siguiendo la táctica romana de entonces, había echado un puente sobre el Adige y ocupado sus dos orillas; mas cuando sus tropas vieron asomar por las alturas de los Alpes á los hombres del Norte esponiendo sus cuerpos desnudos é insensibles al frío y á la nieve, como acostumbrados á ello desde su infancia; cuando les vieron deslizarse, sentados sobre sus anchos escudos, por las laderas cubiertas de hielo y de nieve, y arrojar al río árboles y troncos para que derribasen el puente, se apoderó de ellas el terror cimbrico y huyeron, habiendo jinetes que no pararon hasta Roma. Solo una legión se sacrificó y resistió

detrás de sus baluartes de tierra en la orilla izquierda, pero hubo de ceder á la fuerza mayor, bien que los germanos admirados de su valor concedieron la libertad á los soldados romanos, jurándoles, delante de un ídolo de bronce que representaba un toro y que llevaban consigo, que los dejarían ir en paz. Gracias á esta generosidad pudo cubrir el cónsul la retirada que continuó hasta la orilla derecha del Pó. Los bárbaros quedaron dueños de todo el país entre este río y los Alpes; pero no se cuidaron de aprovechar su victoria, contentándose con regalarse sin pensar que allí no podían continuar indefinidamente mientras no estuviese aniquilado el poder de Roma. Este inconcebible descuido salvó á Roma, que tuvo tiempo todo el otoño é invierno del año 102 para rehacerse y esperar la venida de Mario con sus legiones. No tardó Mario en acudir desde la Galia: al llegar el verano del año 101 se había ya reunido con el procónsul Catulo, y ambos con un total de 50,000 hombres pasaron juntos el Pó en busca de los invasores. Los cimbrós entre tanto sin plan, ó con el objeto de poder pasar mejor el río, se habían alejado del interior subiendo la corriente del Pó, ó quizá también para ir á recibir á sus hermanos los tentones que debían entrar en Italia según esperaban ó por Turin ó Génova: pero en lugar de ellos presentóseles su vencedor, Mario. Junto á Vercelli se encontraron los dos ejércitos. Según la costumbre de los bárbaros quiso Boyorico, el caudillo de los cimbrós que el general romano fijara sitio y hora para el combate, lo cual este aceptó muy gozoso fijando la mañana siguiente, 30 de julio de 101 y los campos ráudicos al Sur de la ciudad, como terreno muy favorable para su caballería.

Los cimbrós habían tenido noticia del exterminio de los teutones, pero sin darle crédito; mas cuando el general romano les enseñó los prisioneros, hubieron de rendirse á la evidencia; y desde aquel momento debieron de perder gran parte de su brio; porque antes de entrar en batalla volvieron en su bárbara ignorancia á solicitar terreno para sí y sus hermanos, á lo cual les contestó Mario con sorna: «Esos ya tienen la tierra que necesitan.»

Muy de mañana pusieronse los bárbaros en orden de batalla, envueltos en espesa niebla tan comun en aquellos llanos húmedos y pantanosos, formando cuadro su caballería cubierta de reluciente armadura pero torpe, y que al verse atacada de repente por la de Mario, mucho mas numerosa, se desbandó, cayendo en su huida sobre los infantes que todavía no habían formado su cuña. Mientras este ataque por el flanco llevaba la mas indescriptible confusión á las masas germánicas, tanto mayor cuanto que los hombres de las primeras filas se habían atado unos á otros con cadenas entorpeciendo así sus movimientos, les embistió de frente Catulo con sus legiones y empezó la matanza. Cuando el sol estuvo en la mitad de su carrera, el pueblo y el ejército cimbrós habían cesado de existir. Los jefes ó reyes Boyorico y Lugio habían muerto despues de hacer gran destrozo en sus enemigos; Claodico y Cesorix estaban prisioneros; 33 divisas y muchos cuernos de guerra que servían á los bárbaros de clarines, aquel toro de bronce y 60 000 prisioneros habían caído en manos de los vencedores sirviendo muchos de estos últimos despues en los juegos del circo romano. (1)

En el campo de batalla quedaron 140,000 germanos muertos. Los romanos contaron despues que al acorrallar á

(1) Cuando la rebelion de Espartaco en el año 73 suministraron los germanos un cuerpo de ejército entero compuesto de gladiadores. Verdad es que habiendo pasado 28 años de su derrota, este cuerpo no podía componerse solo de cimbrós

los bárbaros contra su campamento, vieron cómo las mujeres de estos arrojaban á sus hombres proyectiles mortíferos, y se defendían luego desde sus carros como desde elevadas torres con picas y venablos contra los romanos, matándose ellas mismas antes de caer prisioneras como lo hicieron también muchos hombres. Una madre plantó la lanza de su carreta enhiesta en el suelo y se ahorcó en ella con sus hijos. Muertas ellas, defendieron todavía los perros los carros de sus amos.

Los tigurinos que formaban á la espalda de los cimbrós en las alturas próximas, se dieron prisa á volverse á su país al saber el exterminio de sus compañeros; y Roma quedó por esta vez libre de ver á los bárbaros dentro de sus muros, no por efecto de su propia fuerza, sino gracias á la ignorancia y completa falta de plan de los invasores.

Durante largo tiempo se conservó en la imaginación del pueblo el terror de los cimbrós con sus gigantescos cuerpos y horrible aspecto; en los rótulos de las tiendas como en los escudos de los guerreros figuraban despues á menudo cimbrós que enseñaban la lengua; y para calificar una persona de feísima, la comparaban con estas figuras contrahechas y disformes. También se menciona en los fastos capitolinos al cajero de la tienda de cambista que tenía por muestra: *ad scutum cimbricum*.

Durante largo tiempo pasó como cosa corriente que los habitantes de las Siete y de las Trece comunas, dos distritos en Italia, donde se ha conservado el idioma alemán antiguo, eran descendientes de los cimbrós; mas ahora ya se ha probado que este es un error.

CAPÍTULO II

CÉSAR Y LOS GERMANOS

Había pasado casi medio siglo desde el exterminio de los teutones y cimbrós, cuando se encontraron otra vez frente á frente romanos y germanos. Lo que hicieron estos últimos en este intervalo no se sabe, á excepción de lo que se refiere directamente á esta segunda colisión, y lo que se desprende del lugar y circunstancias en que ambos pueblos volvieron á encontrarse.

Cuando la expedición de los cimbrós, las comarcas al Norte y Este del Rhin estaban pobladas de celtas y hasta entonces no había pisado ningún pueblo germánico el suelo de la Galia, habitado exclusivamente por galos desde el Rhin hasta el mar. Pero cincuenta años despues ya la situación era muy distinta. No solamente ocupaba la raza germánica toda la orilla derecha del Rhin, sino que al otro lado muy tierra adentro se habían establecido pueblos de esta misma raza, y hasta un rey suevo pudo por un momento amenazar con extender su dominio sobre toda la Galia, de lo cual se deduce que durante estos cincuenta años habían adelantado los germanos sin parar en dirección de Oeste, y no por medio de expediciones, ni de bandas aisladas, sino seguidamente pueblo tras pueblo en toda la línea uno al lado del otro, y seguidos todos por nuevas masas. Sin duda las mismas causas de estas traslaciones totales se manifestaran en todos los grupos y ramas simultáneamente, produciendo así mas que emigraciones parciales una inundación general, conforme explicamos ya en la parte primera de esta obra; inundación que cual misterioso océano enviaba desde las selvas germánicas siempre nuevas y mayores oleadas de gente al territorio romano, donde con gran terror de los romanos renovaban con siempre creciente número las masas que iban muriendo aniquiladas ó por las armas romanas ó en su servicio por sus enemigos exteriores ó en sus guerras

civiles. Como en la expedición de los cimbrós y teutones, asombran los números que los autores latinos han conservado. Ariovisto se presentó á la cabeza de 120,000 combatientes de los cuales sucumbieron en la batalla y en la huida 80,000; el pueblo de los teucteros, que pasaba por poco poderoso, contaba sin embargo 430,000 almas; de los sicambros (mejor: sagambres) trasladaron los romanos al otro lado del Rhin 40,000; y del pueblo de los brúcteros, que ocupaba pocos distritos, mataron 60,000. Mayores números arrojan todavía datos posteriores, aun teniendo en cuenta la exageración de los capitanes romanos, cuando tratan de las guerras contra los cuados y marcomanos y de las correrías de godos y alamanos. Razon tenía Tácito de mencionar ya en su tiempo el número extraordinario de almas de los pueblos germánicos; pero solo hoy comprendemos porqué los territorios que en nuestros días alimentan una población mucho mayor, no bastaban entonces á mantener aquellas. Este motivo principal de las emigraciones en masa no excluía otros motivos parciales y accidentales que ocasionaron la salida de grupos menores de su territorio como sucedió á los catos batavos y despues á una parte de los noruegos que prefirió emigrar á quedar dominada por su rey Harald Harfáger; pero el motivo principal era el aumento excesivo de población unido á la incapacidad ó aversión á roturar y cultivar el territorio patrio con el sudor de la frente, prefiriendo ir á buscar una vida mas cómoda en comarcas cultivadas por otros, y ricas.

Al principio y durante mucho tiempo habíanse seguido unas á otras expediciones sueltas, como la de los cimbrós y teutones, mas ó menos numerosas y belicosas, atacando y sometiendo ó arrojando ó por fin evitando con un rodeo á las poblaciones celtas que se oponían al paso hacia el Rhin y que á su vez los atacaban para tener despejada la comunicación con los grupos é islotes celtas establecidos en diferentes regiones de Alemania y á espaldas de hordas que pretendían invadir la Galia. Esta es la época de la cual habla César cuando dice: «Algun día eran los mas fuertes los galos; ellos atacaron con tesón á los germanos en la otra parte del Rhin, y establecieron colonias en las comarcas mas fértiles de Germania hacia la selva Hercinia para dar salida al exceso de su propia población y suplir así á la insuficiencia de sus tierras de labor.» Podrán haberse efectuado excepcionalmente estas emigraciones de Galia á la Germania; pero en general eran los celtas de este último país los que se habían quedado establecidos allí cuando su inmigración del Asia, muy anterior á la de los germanos, que cuando aparecieron á su vez en Europa los desalojaron en parte, sometiendo á los que no se marchaban ó encerrándolos á manera de islotes si eran bastante fuertes y numerosos para resistir. Otros pueblos celtas ó cuando menos celtas en su mayoría como los belgas, es decir los nervios, eburones y otros, alabábanse de ser germanos por tener estos últimos mas fama de valientes; y no falta quien lo cree todavía hoy, á pesar de sus nombres y organización enteramente celtas, mientras tribus realmente germánicas implantadas en medio de la población de Galia, como los vangiones, conservaron su nombre germánico intacto.

El país celta por excelencia, la Galia, recibió, como toda la Europa central y septentrional, su civilización del Mediodía, á saber: primero de los helenos, que por el año 600 antes de nuestra era fundaron en la embocadura del Ródano la ciudad de Marsella, como colonia de los helenos de Focea en el Asia Menor. Estos se armaron muy temprano á Roma para luchar mejor contra los cartagineses que dominaban en toda la parte occidental del Mediterráneo, y particularmente en las aguas españolas. Desde Marsella exten-

dieron los helenos sus relaciones, influencia y comercio al interior y hasta España, estableciendo a su vez colonias y factorías donde podían como en Castellón de Ampurias y en Rosas (1), y con mayor razón hacia el Norte en la Galia y hacia el Este, como prueban Antibes (Antipolis), Agde (Agathe), Niza (Nicaea), Monaco (Monæcus), etc. Las monedas de plata de los masaliotas ó habitantes de Marsella que se van encontrando en diferentes puntos, prueban que el comercio de estos helenos no se limitaba á la orilla izquierda del Ródano, sino que abarcaba la cuenca superior del Pó, el Tesino, el país de los Grisones, el Tirol meridional y la Suiza hasta Berna.

La influencia de la civilización griega sobre la población celta era pacífica y por lo mismo lenta, disminuyendo rápidamente á medida que se alejaba de su foco; pero propagó y generalizó entre los celtas la escritura y el arte de acuñar monedas, por supuesto, disminuyendo proporcionalmente en perfección.

Llegaron luego los romanos y fueron extendiéndose por la Galia; pero respetando y favoreciendo á los masaliotas constantemente hasta el tiempo de Mario y de las guerras civiles entre César y Pompeyo, que les costaron ser casi borrados para siempre del mundo. Habíanse pronunciado en favor de Pompeyo, pero fueron vencidos después de una resistencia por demás tenaz, y sufrieron el castigo que los llevó al borde de la ruina completa. La mayor parte de su territorio fué declarado propiedad del fisco romano y aprovechado para tres colonias nuevas: Beziers (Bæteræ), Arles (Arelate) y Frejus (Forum Julium); pasando además la mayor parte de su comercio á las colonias romanas de Arlés y Narbona. Sin embargo, tanta era la importancia y antigüedad de su influencia moral que hasta los últimos tiempos del imperio se conservaron los nombres de Grecia para toda la costa, y de Mar griego para el golfo de Marsella.

Desde que Roma se enseñoreó de una parte de España en la segunda guerra púnica, le fué indispensable la posesión de la Galia meridional para disponer de una comunicación segura y terrestre entre Italia y la Península ibérica, mientras las escuadras cartaginesas dominaban la vía marítima. En segundo lugar debió impulsar á la ocupación de este país la necesidad que tuvo el partido de los Gracos de disponer de un territorio donde establecer nuevas colonias; el hecho es que en el espacio de cinco años, desde 125 hasta 121 antes de J. C. fué trasformada en provincia romana la Galia meridional llamada *Galia braccata*, por el traje nacional de los celtas, sus habitantes, que llevaban calzones ó bragas. El pueblo principal, Narbo, les fué arrancado y ocupado por una colonia romana y elevado á capital de la nueva provincia que se llamó la Narbonense, y abarcaba además de la Provenza que ha conservado hasta hoy el nombre romano de Provincia, el Languedoc, el Delfinado y una parte de la Suiza actual, siendo sus fronteras al Este los Alpes; al Norte el curso superior del Ródano desde el lago Lemán hasta Viena (Vienne en Francia); al Oeste la cordillera de las Cevénas y el curso superior del Garona, y al Sur el Mediterráneo. Las ciudades más principales eran además de Narbona, Tolosa y Aix, en Provenza (Aquæ Sextiæ) fundada en el año 123, en cuyas tres plazas había guarniciones romanas, Ginebra y Viena. Todo este país no estaba completamente sometido, porque las sublevaciones de la población celta se repetían con gran frecuencia provocadas principalmente por la usura, las exacciones de los romanos, y la obligación de manejar el arado para sus amos, trabajo

(1) Y Reus en Cataluña y mas al Sur.

(N. del T.)

que les gustaba muy poco; pero á pesar de todo hizo rápidos progresos la romanización del país y de sus habitantes, aumentados sin cesar por nuevos inmigrantes romanos, ganaderos, labradores y comerciantes; de modo que César pudo escribir en el año 69: «Ningun comercio galo está sin algun dependiente ó empleado romano; cada moneda que allí se gira y corre, es apuntada por romanos en libros romanos.»

El resto de la Galia, la parte no sometida, se llamaba en oposición á la romanizada «la Galia cabelluda (*comata*)» por continuar allí la población su costumbre antigua de llevar el cabello largo. Confinaban con la provincia romana los aquitanos que habitaban el país situado entre el Garona, los Pirineos y el golfo de Vizcaya; luego los galos ó celtas propiamente dichos entre el Garona, el canal de la Mancha, el Sena y Marne, el Rhin y el Ródano. Entre el Sena, el Marne y el Rhin hasta el Mar del Norte vivían los belgas cuyas tribus se extendían hasta Besanzon en el Sur.

Cuando César llegó en la primavera del año 58 antes de Jesucristo á la provincia Narbonense, encontró no solamente este último país que más interesaba á Roma, sino también toda la Galia, en situación por demás aflictiva á causa de la indolencia del senado, y de la presencia en toda la línea de Norte á Sur, de hordas germánicas y celtas de la Helvecia desde el lago de Constanza hasta el de Ginebra, que apretados por la espalda también por germanos invasores, amén del aumento excesivo ya de sus propios hijos, fueron empujadas hacia la Galia, donde cincuenta años antes algunas de sus tribus habían ya tratado en vano, en compañía de los cimbros, de encontrar una nueva patria y más espacio. Las primeras hordas exploradoras, digámoslo así, se habían dejado ver ya en el año 61 al otro lado del Jura y hasta habían hostilizado el territorio romano, pero á la llegada de César fué todo el pueblo helvecio, aumentado con los rauracos establecidos antes en la comarca de Basilea, y el resto de los boyos, el que se presentó en las fronteras pugnando para entrar; empujados como es natural además, por masas germánicas que seguían sus huellas, mientras otras ya habían penetrado en la Galia más al Norte y se derramaban hacia el Oeste y Mediodía por sus fértiles comarcas.

En época muy anterior habían pasado tribus germánicas sueltas el Rhin por su parte media y se habían apoderado de comarcas celtas, como los vangiones junto á Worms, los nemetos en el país de Espira (antes Noviomago) y los tribocos en Brumat y Estrasburgo; pero pocos años antes de la llegada de César había ocurrido una invasión mucho más temible. Los secuanos, pueblo celta que habitaba el país á orillas del Sena, habían pedido auxilio en 71 antes de J. C. á un caudillo ó rey germánico llamado Ariovisto contra sus antiguos enemigos los eduos, celtas también, y este jefe no se había hecho de rogar, presentándose luego con 15,000 de sus suyos, seguidos incesantemente de nuevas hordas á medida que las noticias de la riqueza y buena vida de los galos se esparcían por su país, hasta que su número siempre creciente amenazó derramarse irresistiblemente por toda la Galia.

Es innegable que la conquista de toda la Galia, país tan grande y rico, junto con la expulsión de los germanos, realizadas por César, son dos hechos que forman época en los fastos de la historia; pero de esto hasta decir con Mommsen que sin la obra de César, la gran invasión de los bárbaros se habría anticipado quinientos años, hay gran trecho, atendido que en aquella época no tenía la marea de los pueblos germánicos todavía movimiento y empuje bastante, aun dando de barato que hubiese conquistado toda la Galia, para acometer desde allí todo el imperio, pasar los Alpes y tomar

Roma. Para esto habría sido menester que hubiesen estado los germanos ya organizados en una nación poderosa, pero lo que sí resultó indudablemente de la intervención de César fué la romanización en lugar de la germanización de los celtas.

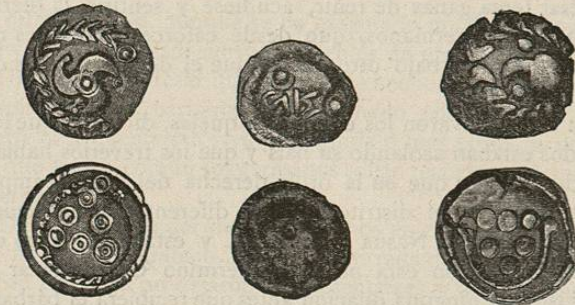
César dirigió sus esfuerzos ante todo contra el peligro más inminente, que era el que presentaban los helvecios. Estos, á fin de cerrarse las puertas si acaso les venían ganas de volver atrás, y de paso para no dejar caer sus moradas en manos de los germanos, habían incendiado al ponerse en marcha, sus aldeas y ciudades, y adelantándose por varios caminos, se habían reunido á mediados del mes de abril cerca de Ginebra, desde donde se dirigió lenta y pesadamente hacia el valle del Charente, el país de Saintonge, como término de su emigración. Pero antes de llegar á él se encontraron con el ejército del gran capitán romano. A fin de ganar tiempo para cerrar los pasos del Ródano y recibir refuerzos de Italia, César había entretenido á los bárbaros con negociaciones engañosas, hasta que hubo reunido su ejército compuesto de seis legiones, á saber: cuatro veteranas y dos nuevas, que juntas componían 36,000 hombres además de las tropas auxiliares de la misma Galia. Con estas fuerzas, y después de varios movimientos estratégicos, atacó junto á Autun, la capital de los eduos, á los emigrantes que formaban un total de 368,000 almas entre las cuales se contaban 90,000 combatientes, los cuales al cabo de una terrible lucha quedaron tan completamente derrotados que el resto, 110,000 personas, se entregaron al vencedor; los demás habían muerto ó habían sido hechos prisioneros. César los hizo volver á su país á fin de que aquellas comarcas limítrofes de la Galia romana no fuesen ocupadas por germanos.

Esta obra maestra de diplomacia, de pericia militar y de astucia romana, hizo á César árbitro de la Galia. Las parcialidades celtas, reñidas siempre entre sí, pero unidas momentáneamente en presencia del peligro común, acudieron á César solicitando su protección contra Ariovisto y enterándole en una asamblea popular de lo ocurrido durante los últimos años. El gobierno aristocrático del senado romano, ante el peligro constante de la invasión germánica, había estado cruzado de brazos durante aquel tiempo. Había abandonado á sus propios recursos á sus antiguos aliados en la Galia central, los eduos, en su contienda con los secuanos en los contornos de Besanzon sobre los portazgos del Saona; de suerte que cuando los últimos en el año 71 pidieron el auxilio de aquel caudillo germánico con sus 15,000 guerreros, el gobierno romano les aconsejó que tomasen á precio de oro soldados mercenarios. Al cabo de diez años de lucha con fortuna varia (porque los eduos con sus colonos eran superiores en número), Ariovisto los había destrozado completamente cerca de Admagetobriga en el año 61, imponiéndoles una paz por demás vergonzosa. Todos los esfuerzos del jefe del partido amigo de Roma, el eduo Diviciaco, para obtener personalmente en Roma algunas legiones de auxilio habían sido vanas; el senado no solamente no se había movido para proteger á sus aliados, sino que había llevado su obsecación hasta el punto de hacer inscribir al rey germánico invasor, después de colmarle de riquísimos presentes, en la lápida de los reyes amigos de Roma.

Este rey era Ariovisto. Se le supone de raza sueva, porque una de sus dos esposas que había traído consigo de su país era sueva, siendo la otra hermana del rey nórico Vokio. César y los galos le llaman rey, no precisamente por el título que le había dado el senado romano, sino porque en efecto

era ya en su país rey popular, puesto que de otra manera no le habría seguido su tribu con mujeres é hijos, ni habría podido elevarse á caudillo en jefe ó general de todas las hordas y tribus de diferente procedencia que se le agregaron luego en la Galia para disputar este país á los romanos; porque después de las primeras ventajas obtenidas, y reforzado por nuevos contingentes que al fin llegaron á componer un total de 320,000 almas, impuso sus exigencias á todos los pueblos de la Galia septentrional á que alcanzó su poder. Los eduos tuvieron que darle rehenes y pagar tributo; á los secuanos, que le habían llamado y hecho acudir de su país, les quitó una tercera parte de su territorio, probablemente en la Alta Alsacia, en el país de los tribocos, donde se estableció con su gente, y no contento con esto les pidió luego otra tercera parte para los arudos que en número de 24,000 almas habían pasado el Rhin posteriormente. En fin, Ariovisto se presentó como conquistador bárbaro, sin guardar consideración con nadie; para él eran todos los habitantes del país botín de guerra, con tanta más razón cuanto que estaban siempre desunidos; mientras que por otra parte, sus tropas, atendido el peligro constante en que se hallaban, tenían que reconocerle también un poder excepcional sobre ellas. Así, como soberano absoluto repartió las tierras conquistadas; trató con celtas y romanos y decidió la guerra, la paz y las alianzas. Al principio únicamente se dejó guiar por las profetisas y esto quizá solo en apariencia á fin de imponer mejor á sus tropas siempre dispuestas á pelear sin plan; pero al fin despreció también los avisos de estas mujeres «sabias» y contra su parecer libró antes del día de la luna nueva la batalla decisiva.

César escuchó con gran satisfacción las apremiantes súplicas que le dirigió la asamblea de los notables celtas que solicitaban su protección contra los insolentes y temerarios germanos, diciéndole que en caso contrario no les quedaria más recurso que imitar á los helvecios, abandonar su país á los enemigos y buscar una nueva patria en otra parte. De este modo podía César realizar su proyecto de conquistar toda la Galia mostrando que lo hacía en beneficio de los suplicantes. Ya desde algun tiempo antes estaba resuelto á no permitir que ni los helvecios ni los germanos se establecieran en el país tan rico y delicioso que se extiende entre el Rhin y los Pirineos.



Tres monedas celtas de oro (1)

(1) Tres monedas celtas de oro, de las que suelen encontrarse en las tierras llanas de Baviera, entre los Alpes y los ríos Rhin, Mehin é Inn y también en las vertientes meridionales en particular cerca de Vercelli. Estas monedas no tienen analogía con las romanas ni con las griegas. Por su tipo general, y su forma de plato presentan un carácter primitivo, bien que la inscripción de la una que tiene las letras al revés, que leídas de derecha á izquierda dicen CVR (*) prueba que cuando se hicieron existían ya relaciones entre celtas y romanos. Quien sabe si CVR se refiere á la antiquísima población que los romanos llamaban Curia y

(*) Si se vuelve la página y se lee esta moneda de izquierda á derecha, como otras monedas celtas, parece que dice CAIS, es decir, las iniciales de César.

Esto es una simple conjetura.

(N. del T.)